RESEÑAS

Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*, 2004, México, Taurus, 415 p.

He aquí que encontramos a un Premio Nobel de economía, presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente William J. Clinton; catedrático en economía del sector público que también fue vicepresidente y economista jefe del Banco Mundial, realizando un ejercicio de reflexión respecto a la gran prosperidad de la década de 1990 y la posterior crisis global, en la que concluye con posiciones más bien cercanas a las de los críticos de Estados Unidos y de la globalización.

Sorprende su posición de que, si bien el crecimiento desmedido en los 90 se trató de una burbuja especulativa como han habido tantas en la historia del capitalismo, ésta se caracterizó por haberse alimentado de fallas éticas en la conducta de los principales actores financieros y fue parcialmente causada por las incongruencias de las políticas sugeridas por E.U. a otros países pero no practicadas por ellos y se agravó en aquellos países que creyeron a pie juntillas en el Consenso de Washington.

El doctor Stiglitz afirma que:

Hoy el reto consiste en lograr un equilibrio correcto: entre Estado y mercado, entre la acción colectiva a escala local, nacional y global, y entre la acción gubernamental y la no gubernamental. A medida que van cambiando las circunstancias económicas, es preciso rediseñar este equilibrio. El Gobierno está obligado a emprender nuevas actividades, archivando las obsoletas. Hemos entrado en una era caracterizada por la globalización, en la que los países y pueblos del mundo están más integrados entre sí que nunca. Pero la propia globalización nos impele a alterar el equilibrio: necesitamos más acción colectiva a nivel internacional; y resulta ineludible abordar cuestiones de democracia y justicia social en esta misma escena.

RESEÑAS

Esta posición contrasta con la práctica del Gobierno del que fue parte y más notablemente con la del de George W. Bush que le siguió.

Si bien reconoce la importancia de los mercados y su libertad para un adecuado desempeño económico, como un estudioso de los modelos de información imperfecta de la economía y las distorsiones que esto genera, también señala la urgencia de una regulación adecuada para ciertos mercados; afirma que muchas de las propuestas del gobierno de Clinton se basaron en la desregulación total, cuando la solución correcta debió ser considerar una regulación adecuada.

Por una parte, acepta que la propuesta de reducir el déficit a pesar de encontrarse en una recesión funcionó adecuadamente más por una combinación de suerte y de otras circunstancias que por la validez de la teoría económica que las sustenta. Bajo una óptica keynesiana, cuando la economía disminuye su ritmo de actividad es necesario estimularla mediante un mayor gasto público, siempre y cuando éste esté enfocado a las personas que más sufren los efectos de la recesión, a manera de transferencias a los desempleados, o bien en inversiones en infraestructura, servicios básicos de educación y salud, o en proyectos de investigación y desarrollo. En contraste, durante los felices 90, la reducción del déficit propuesta por Clinton contribuyó a que la banca estadounidense, que había pasado una severa crisis en 1988, reactivara el crédito y con ello compensara la reducción de la actividad económica asociada a un menor gasto público.

Por otra parte, comenta que existió una serie de incentivos perversos o de malas interpretaciones, como que Alan Greenspan, presidente de la Junta de la Reserva Federal, era un gurú de los mercados, a pesar de que “había cultivado el arte de balbucir con gran incoherencia”, como cuando se preguntó “¿Cómo descubrir cuándo la exuberancia irracional ha dilatado el valor de los activos de manera inapropiada...?”. O bien, la práctica de pagar a los directivos de las empresas mediante *stock options*, que Stiglitz llama una forma de ‘robo empresarial’, puesto que se genera un pasivo a la empresa que no se registrará contablemente sino hasta que, transcurridos muchos años, se emitan las acciones diluyendo la inversión de los accionistas previos. O la decisión de permitir que los despachos de contabilidad realizaran lo mismo auditorías que consultoría, con lo que procuraban esconder las fallas en la información de sus clientes potenciales a cambio de jugosos negocios. O el hecho de tolerar la integración entre bancos de inversión y banca comercial, que al estar separados permitían generar una mejor calidad información

RESEÑAS

para el mercado en general, y que al momento de ocurrir la fusión obtendrán sus comisiones por recomendar y ejecutar transacciones, independientemente de la conveniencia para los inversionistas públicos.

Cabe destacar que una causa de la magnitud y duración de la burbuja especulativa de ‘los felices 90’ se debió a la percepción de la llegada de una ‘nueva economía’, en la que las telecomunicaciones, la incorporación de procesos de producción delegados o justo a tiempo, la globalización y un aumento de la productividad se conjugaron para permitir crear nuevos modelos de negocios, aun algunos que sin generar utilidades se percibían como muy atractivos; o el caso drástico del sector de telecomunicaciones, donde se percibían que ser el pionero en una tecnología podría dar ventajas casi monopólicas. Al final, E.U. se encontró con que tenía una capacidad ociosa en ciertas redes, por ejemplo en fibra óptica, mercados menos regulados y con menor competencia que en la situación previa, y quiebras fraudulentas de tamaño histórico como el caso de WorldCom y Enron.

Stiglitz señala que en el ámbito internacional la acción de E.U. y su interés de trasladar su visión teórica, que no su propia práctica, a otras partes del mundo, proceso iniciado con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, contribuyó a generar y promover una inestabilidad global de la que las crisis mexicana, asiática y latinoamericana fueron ejemplos de lo que denomina la victoria y derrota del consenso de Washington, donde el alumno más destacado, Argentina, llevó la peor parte.

Señala que es necesario desmontar los mitos que contribuyeron a hacer de los felices 90 la semilla de la destrucción de riqueza más notable en la historia: la reducción del déficit no genera crecimiento económico; las guerras no son buenas para la economía norteamericana ante el cambio tecnológico que las hace menos intensivas en mano de obra; no hay un héroe ni en la Reserva Federal ni en *Wall Street*; la mano invisible se malinterpreta pues genera incentivos perversos a favor de quienes realmente administran la empresa, que permanecen ocultos; los financieros no son genios que crean prosperidad, sino individuos egoístas preocupados por el corto plazo; el Gobierno grande y malo no es sino un monstruo de cuento, pues es necesaria su función; el capitalismo global no es una panacea y el capitalismo triunfante al estilo estadounidense tiene un enorme mérito, pero no es lo único que funciona, otros sistemas pueden funcionar mejor en otros países.

Concluye que es necesario establecer una visión de idealismo democrático, que haga énfasis en la justicia social entendida como igualdad de oportu-

RESEÑAS

nidades, empleo, potenciación (*empowerment*) y la búsqueda de una equidad intergeneracional y sostenibilidad del crecimiento en términos ecológicos. Ésta pasará necesariamente por entender los derechos como restricciones y objetivos y un consenso que rebase los mercados y los Estados, que logre ubicarlos más allá del egoísmo. Insiste en que debemos entender que la mano invisible irrestricta genera problemas, que requiere apoyarse en principios y reglas, en las que en la mayor parte de los casos la ‘buena conducta’ se garantiza a través de unas normas y una ética, y afirma: “existe una visión alternativa, basada en la justicia social y el equilibrio entre la función del Gobierno y la del mercado. Ésta es la visión que deberíamos esforzarnos por alcanzar”.

GONZALO SUÁREZ PRADO
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM